

CAPITULO XIII

LA UNIDAD SE CONSOLIDA EN LAS BASES

LA UNIDAD SE CONSOLIDA EN LAS BASES

El trabajo que rápidamente inició el Partido Comunista en los gremios más importantes no tendría éxito. El reagrupamiento sindical se hacía en las fábricas, en las oficinas, sin directivas. Un reagrupamiento que tenía como prioridad "defender y sostener lo que se pudiera". Aunque pareciera torpe decirlo así. Después se vería. Primero había que establecer un piso, una trinchera donde afirmarse sin mucho palabrerío. Mientras ésto sucedía, el grupo católico del gobierno, con Lonardi a la cabeza, perdía más y más terreno. Su caída era inminente. Un gobierno con muchos dueños no podía durar mucho. Las razones por las cuales se habían unido —derrocar a Perón— ya se habían cumplido. No tenía sentido continuar juntos.

Caído Lonardi, a pesar de las diferencias que éste tenía con el sindicalismo en general, ya no quedaron barreras. El 16 de noviembre, Aramburu decretó la intervención lisa y llana de la CGT y de todas las organizaciones sindicales afiliadas a ésta. Se iniciaba ahora en serio el operativo sindical. El intento de huelga decretado por la CGT fue violentamente reprimido. El doctor Migone, radicado en el exterior, fue llamado para ocupar la cartera de Trabajo. El penal de Ushuaia, cerrado durante el gobierno peronista por sus duras condiciones de vida, fue reabierto por el gobierno de Aramburu. ... Sus calabozos se poblaron con militantes peronistas.

Este proceso tendría como bases de sustentación dentro del mundo gremial a los tristemente célebres propiciadores del sindicalismo libre (se llamarían después "32 gremios democráticos") y la organización sindical ofrecida por el comunismo quienes, con el apoyo del gobierno, terminaron controlando 19 gremios y formando su CGT paralela, el MUCS.

Para el sindicalismo de orientación peronista, el gobierno también tenía sus planes. ¡Y qué planes! A pesar del absoluto, completo control, que el gobierno ejercía sobre los medios de comunicación, de contar con el apoyo de todos los partidos políticos y entidades empresarias, profesionales e intelectuales, el gobierno era consciente que el pueblo y los trabajadores seguían siendo peronistas. En marzo de 1956, por medio del decreto 4161, el gobierno prohibió al peronismo todo tipo de proselitismo y estableció disposiciones tales como "se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de la fotografía, retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronistas, el nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones peronismo, peronista, justicialismo, justicialista, tercera posición, la abreviatura PP, las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales o fragmentos de las mismas denominadas "Marcha de los muchachos peronistas", "Evita Capitana", las obras o fragmentos de las mismas del presidente depuesto y de su esposa, etc. ..., el que infringiera este decreto sería penado con prisión de 30 días a 6 años". ¡Ni al mismísimo "Pepe" Stalin se le hubiera ocurrido un decreto tan espectacular! Así era el país

de los argentinos en 1956. Con odio, con rencor. Rencor contra los trabajadores, porque, ¿quién sino los trabajadores podrían tener en sus casas fotos de Perón? ¿Quién sino los trabajadores cantarían la "marcha"?

Con seguridad que no serían los políticos los que lo hicieran, aunque algunos ya comenzaban a preparar sus gargantas y a aprender aceleradamente la letra para capitalizar los votos de los proscritos. ¡Qué tanto embromar! Valía la pena aprenderla. En esta tarea había ya un adelantado, el doctor Arturo Frondizi.

Quienes apenas unos meses antes habían contribuido decisivamente al derrocamiento de Perón, pasaban varias horas por día tratando de obtener una foto de Perón (por supuesto dedicada). Sin embargo, el punto supremo de aproximación a Perón estaba en sacarse una foto al lado de él. La historia ha dejado muy bien documentados los peregrinajes a Madrid. Algunos lo hacían a la luz del día; otros no se animaban, pretendían una comunicación más discreta.

El decreto 4161 fue muy bien utilizado por las empresas. Amparadas en sus disposiciones, procedieron a limpiar sus fábricas de peronistas. Esos militantes sindicales —los que se salvaban de ir presos— no tendrían posibilidades de conseguir un nuevo trabajo. Figuraban en las famosas listas negras. Cuando te presentaban a obtener un puesto se les exigía al certificado de trabajo anterior, así el nuevo empleador podía averiguar sus antecedentes. Y las fuentes de nuevos empleos quedaban cerradas.

La Universidad también vivió su depuración. Cesantías en masa de profesores peronistas, con el beneplácito del estudiantado, estruendosamente demostrado. El prestigioso José Luis Romero, del socialismo democrático, fue nombrado interventor en la Universidad de Buenos Aires, y secretario de la misma fue nombrado Ismael Viñas, marxista.

Es preciso reflexionar sobre el decreto 4161, de disolución del peronismo? ¿Qué se disolvió en realidad? ¿El aparato burocrático del partido? La adhesión que millones de trabajadores tuvieron hacia Perón y que, a pesar de los errores o deformaciones que pudo tener el gobierno peronista, continuaba en plena vigencia cuando Perón debió abandonar el país.

Disolver ideas, firmemente arraigadas en el pueblo, a través de decretos ordeno-cúmplase, no sirve para nada. En el campo de las ideas nada puede disolverse de ese modo. Desde el tiempo en que los cristianos, por su fe, eran arrojados a los leones, la historia viene dando ejemplos. Alguna vez nuestro controvertido Sarmiento grabó en las rocas de la cordillera una frase de la antigua y sabia Grecia: "Bárbaros, las ideas no se matan". Le agregaría —con el perdón de los griegos— que a una buena idea sólo puede cambiársela por otra idea mejor, si se demuestra con hechos que ello es cierto. Pretender desmontar "porque yo ordeno" el andamiaje que hizo posible la participación popular en la titánica tarea de darle a la declamada democracia sentido real, terminando con los formulismos y etiquetamientos vacíos, es querer en serio detener la historia y además hacerla retroceder. Es como si realmente creyéramos que la "máquina del tiempo" nos pertenece, que somos sus exclusivos dueños. Y todos sabemos que no es así, que es imposible. La historia sigue su marcha. En un cierto sentido. Muy a pesar de nosotros, por más que gritemos. Podemos estar absolutamente en contra del imperialismo yanqui o ruso. O de los dos. Y daremos todos los argumentos que consideramos válidos para explicarlo. Pero no los podemos cambiar y mucho menos eliminar. Aunque escribamos una enciclopedia diaria dando argumentos sobre qué deben desaparecer. Aquí vale la razón de la fuerza, nos guste o no.

Y a los pueblos, a las fuerzas morales y solidarias con que los pueblos se recubren, no se les puede obligar por decreto, no se les puede prohibir una pasión popular y social. Podrá reprimirse; podrán rehabilitarse cárceles; podrán cerrarse los ojos al mejor estilo de los Ghioldi, Sammartino, Codovilla, etc. y negar esa realidad. Pero la realidad está allí: en el pueblo, que la vive y la alimenta todos los días, con comparaciones; con hechos.

Millones de trabajadores argentinos, trabajadores honestos, limpios, responsables, creían y siguieron creyendo en Perón.

Millones de trabajadores argentinos, trabajadores honestos, limpios, responsables, creían y siguieron creyendo en Perón.

Si se le pretende cerrar esos caminos esa realidad; el pueblo empujará y buscará las formas de hallar su propio camino. Los líderes, los caudillos, los elige el pueblo, no se les impone. A Perón lo eligió y lo aceptó el pueblo.

Una pregunta que nos duele; que nos hizo mucho mal. Si el peronismo no hubiese sido perseguido y proscripto como lo fue; si no hubiese sido acorralado y agredido, la guerrilla, ¿hubiese encontrado canales para gestarse y crecer hasta el nivel que creció? ¿Por qué no nos preguntamos por qué tantos jóvenes argentinos —por inmadurez, por incompreensión o por lo que se prefiera— participaron y actuaron en la guerrilla? ¿No será porque las élites que se consideran a sí mismas dirigentes los dejaron sin alternativas? En Europa Occidental hay también guerrilla. Pero, ¿cuántos la componen? Alemania Occidental o Francia, por ejemplo, tienen más del doble de habitantes que nosotros. Pero, ¿cuántos jóvenes franceses participan de la guerrilla? ¿Y cuántos alemanes?

La crisis del país creció, creció y creció. En todos los campos: el social, el político, el económico, el moral. Y se creyó que para superar la crisis era cuestión de apretar, apretar y apretar. Y así nos fue. Desde el exterior se aprovechó muy bien nuestra coyuntura y se alimentaron aún más esas condiciones. Pero nosotros fuimos los que creamos esas condiciones. El Movimiento Obrero fue el primero en verse agredido por la guerrilla. Quién no recuerda el término "burocracia sindical" dicho despectivamente. Ese término se publicaba con el mismo calor en las publicaciones orientadas por la guerrilla como en la gran prensa.

Dejemos este tema para el final. Para "insertarlo cronológicamente" en el tiempo. Una sola acotación nada más. Desde los edificios de la "burocracia sindical" no salió la guerrilla.

Pero, volvamos a "nuestra época", al período que transcurre entre 1955 y 1958. El movimiento obrero estaba nuevamente en el llano, con una gran frustración sí, pero también con una gran experiencia.

No había alternativas ni opciones. Por delante quedaba un único, exclusivo camino: empezar otra vez. Ya no tenían sindicatos; éstos estaban intervenidos y el gobierno —descaradamente—, preparaba su entrega a sus "camaradas de ruta". Pensar que "empezar de nuevo" podía suponer la alianza con algún sector militar que preparase un golpe, era más que temerario: suicida. El gobierno era lo suficientemente poderoso como para que pudiese ser derrotado de esa manera, pues el campo de la fuerza y la violencia era su especialidad.

El mismo Perón, en una de las tantas cartas que enviaba a sus partidarios, al referirse al intento de alzamiento encabezado heroicamente por los generales Valle y Tanco, dirá: "El fracaso de la asonada del 10 de Junio ha sido la consecuencia del criterio militar del cuartelazo. Los dirigentes de ese movimiento han procedido hasta con ingenuidad. Lástima grande es que hayan comprometido íntimamente la vida de muchos de nuestros hombres, en una acción que, de antemano, podía predecirse como un fracaso. Yo vengo repitiendo a los peronistas precipitados, que no haremos camino detrás de los militares que nos prometen revoluciones cada fin de semana. Ellos ven el estado popular y quieren aprovecharlo para sus fines o para servir a sus inclinaciones que un militar lleva siempre consigo. Pero aquí se trata del destino de un pueblo y no de las inquietudes o ambiciones de ningún hombre... no es solución salir de las manos de una dictadura para caer en otra. Debemos recurrir a las fuerzas del pueblo y no a las fuertes militares. La acción de las fuerzas del pueblo son operaciones de resistencia y no golpes de estado... es menester que nos preparemos concienzudamente y que estemos resueltos a realizarla (se refiere a la Revolución Social) en un año, cinco o diez pero decididos a realizarla. Nada hay que pueda apurarnos en forma de poner en duda el éxito que, por lo que estamos viendo, tenemos asegurado.

"Aunque nosotros no trabajemos, tenemos allí dos que trabajan por nosotros: Aramburu y Rojas... es indudable que el Movimiento Obrero, a pesar de los golpes sufridos y las bajas ocasionadas, debe haberse fortalecido extraordinariamente tanto en lo cualitativo como en lo cuantitativo. Los desaciertos políticos de estos animales nos irán haciendo cada día más poderosos y nuestra responsabilidad irá creciendo también con ello."

Era así. El sindicalismo peronista no tenía la menor posibilidad de agruparse ni orgánica ni mucho menos legalmente. Debíó insertarse en el propio sistema, utilizar sus fallas y tratar de avanzar. El tiempo histórico jugaba a su favor. El primer gran paso debía darse recuperando los sindicatos; desde allí fortalecerían, después, todo su aparato. Pero recuperar los sindicatos no era simple. Había miles de proscritos. Estaban también los militantes sindicales (PC - PS) que por distintas razones se opondrían al reingreso del sindicalismo peronista a los sindicatos; contaban para ello con el respaldo total del gobierno y de los omnipotentes comandos civiles.

Pero no todos pensaban igual. Estaban los que creían en la posibilidad de cambiar todo de un golpe. Y jugaron a esa carta. Así, a poco de caído el gobierno peronista, hubo quienes comenzaron a complotar. Pero, por lo visto, el fuerte del peronismo no es complotar. Antas de finalizar el año 55, el gobierno de Aramburu tenía ya detectados a civiles y militares que pretendían derrocarlo. Y les dejó avanzar, mientras continuaba el trabajo de "desperonizar al país".

Entre quienes se organizaban para derrocar al gobierno, participó de diversas formas, un importante sector del Movimiento Obrero. Ya en octubre de 1955 un autotitulado "Frente Emancipador" editó y distribuyó su manifiesto N° 1. Su distribución —a pesar de los recaudos— fue rápidamente detectada por los servicios. El aparato sindical (direcciones, normas de comunicación, etc.) apareció como un vehículo adecuado para "correr la voz".

Era la lucha de la emotividad, de la impotencia frente al arrogante vencedor y dueño de la fuerza. La huelga aparecía como el arma más efectiva que podría utilizarse, por no decir la única, y estaba visto que el gobierno frente a la huelga sabía cómo actuar.

El aparato político del peronismo estaba desarticulado. A la hora de la verdad mostró la endeblez de su estructura. No fueron pocos los dirigentes peronistas que comenzaron a movilizarse en la formación de grupos para pactar con el gobierno. El tan mentado "neoperonismo" fue exclusivo del sector político; pocos, poquísimos dirigentes sindicales "entraron". La dirigencia sindical mantuvo durante esta etapa, una férrea ortodoxia. Los dirigentes sindicales que "abandonaron el barco" quedaron fuera de todo partido.

Sus puestos fueron cubiertos por una nueva camada, que tendrá vigencia por casi dos décadas (Framini, Vandor, Taccone, Rosendo García, Lorenzo Pepe, Gazzera, Cavalli, etc.).

Pero por cada versión más o menos seria sobre la conspiración, había cientos de "avivados" que promocionaban su propio golpe; algunos sólo faltaba publicarlos en los diarios. ¿Cuántos militantes sin experiencia, fueron engañados a través de la "recolección de plata para hacer la revolución"? ¡Cuánto esfuerzo desperdigado! El gobierno, por supuesto, agradecido. Allí también se practicaron las formas más diversas de acercamiento (o copamiento) del peronismo y su aparato más importante, los sindicatos.

Arturo Jauretche, ese formidable luchador, estaba otra vez en "su salsa": la lucha desde abajo. Comenzó a editar el '45. El peronismo en general y los trabajadores en particular tuvieron en el "45" uno de los pocos, poquísimos medios para conocer lo que realmente estaba pasando y cómo actuaba el gobierno frente a la situación, denunciándolo.

El interior del país continuaba siendo un verdadero "bunker" peronista. En Rosario, por ejemplo, bautizada por el pueblo como la capital del peronismo, se produjeron episodios que podemos calificar de heroicos. Era frecuente encontrarse con grandes manifestaciones que tenían como único lema de identidad el grito de ¡Perón! La emotividad primaba. Si bien el pueblo no entendía de planes económicos, sabía lo que no quería. Es posible que con ello sólo no bastase. Puede ser. Pero esa sola acritud, oponerse masivamente a la política social del gobierno y aglutinarse al mismo tiempo en torno a la figura de Perón, fue creando un cerco invisible e inflexible a la vez alrededor del gobierno. Los continuos cambios ministeriales no hacían otra cosa que mostrar hasta qué punto la línea Mayo-Caseros era inviable.

El gobierno se debatía en medio de sus errores y desconciertos.

Los políticos que en un primer momento habían apoyado con todo el gobierno militar, comenzaron a abandonar el barco. Todos tienen pretensiones, y para mantenerlas era innegable que debían tomar distancia del gobierno. Si hasta el mismísimo Zavala Ortiz, el mismo que el 16 de junio había tripulado uno de los aviones que bombardearon la Plaza de Mayo, en su afán de alcanzar "plafond", llegó a comprometerse públicamente en un mitin partidario a crear "Consejos de Fábrica" si llegaba a ser presidente de la República...!

No faltaban tampoco los que proponían los golpes más audaces... con la palabra. Proyectaban dejar al país a oscuras o sin agua la Capital Federal. Claro que quienes debían ejecutar esas maniobras no eran lógicamente los trabajadores de esos gremios. Ellos, claro está, estaban para la "gran conducción".

Abundaban los francotiradores... de palabra. Cuántos cafés fueron mudos testigos de fantásticos golpes. También el gobierno estaba limitado a simples expresiones multiplicadas fantásticamente por la prensa adicta.

Los términos "libertad-democracia" fueron los estandartes del gobierno de Aramburu y Rojas. Hubo uso y abuso dialéctico de los mismos. Fue una manera muy personal de interpretarlos. Valía para una minoría.

En ningún momento quienes lo pregonaban —el gobierno y sus apoyes incondicionales— se les ocurrió pensar que había algo que no podía hacerse en nombre de la libertad y de la democracia: negar el derecho del pueblo a expresar su voluntad.

El pueblo, esencialmente los trabajadores, tenía todos los caminos legales cerrados para hacer conocer sus decisiones, que sí eran democráticas y no selectas.

En la prostitución del término se llega a extremos insólitos. Un partidito que se autoproclama democrático, en nombre de la democracia propone disolver para siempre al partido mayoritario, porque alegan que ellos son los genuinos representantes democráticos.

El famoso fraude patriótico tiene nuevas formas. Quienes proclaman que el peronismo sólo triunfaba a través del fraude, saben bien que no es así. Por eso proponen exterminarlo, borrarlo del mapa político. Porque le temen a su poder que sólo puede lograr a través del ejercicio de la democracia. Y ese poder —democrático— lo alcanzan a través de la organización sindical. Por supuesto no tiene nada de novedoso el método. La historia está plagada de episodios que nos dicen que en nombre de la libertad y la democracia se instauran las dictaduras más temibles.

Argentina ha vivido en más de una ocasión estas proclamas. El golpe militar que derrocó en 1930 a Yrigoyen, se hizo en nombre de la libertad, la democracia, la honorabilidad administrativa... y nos dieron la Década Infame. En el 55 en nombre de esos valores, se proscribió al pueblo y encarcelaron a miles de trabajadores y, agotados, terminaron buscando una salida como sea... con tal que los peronistas no volviesen. Después, en nombre de esos mismos valores, derrocaron a Frondizi, para fabricar al mismo tiempo azules, colorados y violetas. En el 66 fue Illia producto de los mismos argumentos, y llegó Onganía de la mano de Krieger.

Nadie, por más dialéctica que use, ha podido todavía explicar y mucho menos demostrar la compatibilidad de un sistema democrático con el desconocimiento de la soberanía del pueblo, cualquiera sean los argumentos que utilice. Quienes lo pretenden demostrar son aquéllos a quienes el pueblo ha dado siempre la espalda. Con aquéllos que en lo íntimo de sus pensamientos creen que el pueblo es apenas un término válido para ser usado pero no para ser respetado y mucho menos servido.

La verdadera historia, esa que escriben los pueblos y no los historiadores, a pocos, muy pocos, le tiene reservado su pedestal en mármol y bronce. Esa historia que hacen los vencedores a través de sus biógrafos, jamás tendrá en cuenta a los verdaderos mártires de la libertad. Nuestro periodismo, salvo honrosas excepciones, se ha dedicado al papel de "biógrafo" del vencedor.

Y así tenemos periodistas superfamosos que alguna vez desde la función pública —Roberto Noble, ministro del gobierno conservador de Fresco— practicó y exaltó el fraude patriótico y después desde su prestigioso "Clarín" exaltó las bondades democráticas. Los hay también que al mismo tiempo que en sus revistas exaltaban el régimen de Franco o Salazar —porque le pagaban a precio de oro la nota—, en sus programas de radio y televisión cantaban loas por el respeto de la voluntad popular. Son los mismos que mientras "duró" el "poder sindical" dedicaban en sus medios, páginas enteras a los dirigentes con calificativos más que esplendorosos.

Caído el poder sindical, de pronto se olvidó todo lo relacionado con el "talento" de esos dirigentes y la "función vital" que los mismos tenían en la sociedad. La palabra sindicatos y/o sindicalismo quedó borrada. Seguramente, cuando el sindicalismo retome su función, no dudarán en convocarlo, elogiarlo y amarlo... siempre que paguen el espacio.

Quienes más hablan de la libertad de prensa son los "dueños" del periodismo. Pero no la defienden, ni mucho menos la practican. Es apenas un valor abstracto, amorfo. Lo cierto es que si hasta el 55 la prensa estuvo controlada por el gobierno peronista, a partir de setiembre de 1955, las cosas se han hecho aún más negativas. Antes existía la posibilidad de que los políticos se expresasen en sus órganos, en el parlamento. Las entidades empresarias también tenían sus propias formas de comunicación. En el exterior existía un muy particular clima de crítica y agresividad al régimen peronista. Los trabajadores no tuvieron cómo expresarse, ni tampoco dónde sentirse interpretados. La prensa en general, como todos sabemos, más que la libertad de pensamiento, lo que ejerce es su libertad de comercio y la defensa de sus intereses económicos, que son muy poderosos y muy variados. Los grandes diarios responden a esos grandes intereses, y punto. El Movimiento Obrero en el período 55 - 58, ¿cómo podía expresarse?; no tenía formas ni medios. Sólo cuando el régimen comenzaba a desmoronarse, algunos semanarios políticos en su pretensión de lograr penetrar y motivar a los trabajadores para obtener sus votos, comenzaron a darle lugar en sus páginas a los problemas gremiales.

Un ejemplo de ello fue la revista "Qué"; la cual jugó un rol importante en la campaña de Frondizi. Frigerio tuvo la genial idea de incorporar como columnistas a dos figuras de notorio prestigio a nivel popular: Jauretche y Scalabrini Ortiz. Sus notas motivaban a los lectores. Sus convicciones nacionales, su insobornable lucha contra el imperialismo, sus agudas y certeras críticas a la oligarquía y sus partidos, popularizaron rápidamente a la revista. El pueblo estaba buscando ávidamente "algo" donde sentirse interpretado. La posición de Frondizi sobre el petróleo —un tema de permanente actualidad— a través de su "Política y Petróleo" (1954), marcaban su identidad. Había fervor y ganas para derrotar al gobierno. La izquierda juvenil también decidió su apoyo a Frondizi, por su posición sobre el petróleo. Un apoyo que tambaleó cuando Frondizi, ya candidato a la presidencia, en un reportaje en "Qué" se mostró partidario de la enseñanza libre y proclamó, al mismo tiempo, su hasta entonces poca conocida fe católica.

Es que Frondizi mostraba un nítido pasado laico, a través de su militancia en la intransigencia radical.

En materia de libertad de prensa, el gobierno de Aramburu tomó algunas decisiones. Por ejemplo, devolver a los Gainza Paz "La Prensa", la cual había sido expropiada por el Congreso en 1951. Cuando los Paz se hicieron cargo del diario se negaron olímpicamente a reconocer las leyes sociales vigentes, porque —argumentaron— eran leyes de la dictadura. Como consecuencia de esta decisión, la administración sindical de "La Prensa" (EPASA), que administró el diario entre 1951 y 1956, debió hacerse cargo de las indemnizaciones que exigió el legendario patrón. Durante ese período de casi 5 años, la administración sindical fortaleció de manera evidente las arcas del diario. En sus talleres llegaron a imprimirse más de 30 publicaciones.

Pero la "buena suerte" de "La Prensa" no fue prolongada a otros medios gráficos controlados por el peronismo —"Noticias Gráficas", "La Época", "El Laborista", "Democracia"—, los cuales ante la actitud oficial terminaron cerrando. Las radios estatizadas por el peronismo, a pesar de todas las críticas que ello significó, continuaron en manos del Estado.

Caído el poder sindical, de pronto se olvidó todo lo relacionado con el "talento" de esos dirigentes y la "función vital" que los mismos tenían en la sociedad. La palabra sindicatos y/o sindicalismo quedó borrada.

Este particular sentido periodístico, continuará proyectándose a través del tiempo. Es el periodismo que —cualquiera sean las etapas—, mantiene una actitud inalterable; catapulta organizaciones sindicales fantasmas; reclama la disolución de la CFT; la derogación de la Ley de Asociaciones Profesionales y eleva al grado supremo el término "burocracia sindical". En nombre de la libertad sindical proponen, en la práctica, la liquidación de los sindicatos. Para ellos los trabajadores sólo tendrán razón cuando protestan contra grupos sindicales, y no tendrán razón cuando, por ejemplo, decidan realizar una huelga.

Sin embargo, este tipo de difusión y promoción de la vida sindical no sirve para confundir y dividir a los trabajadores. Éstos, en su experiencia (y en medio de los golpes) han comprendido bien cuáles son las diferencias entre lo efímero y lo permanente. Y con más claridad aún, han comprendido cómo y dónde pueden defenderse sus intereses. Siempre se llega a una misma respuesta: la unidad sindical. Y hacia ese objetivo se mueven. Por ese objetivo se lucha, por la unidad sindical. Más allá, o por encima de los dirigentes si es preciso. Pero a veces confunden. Creen que la unidad es un fin y no un medio.

El decreto 9270/56 que modificó la Ley de Asociaciones Profesionales no pudo pasar del "Boletín Oficial". Su eje estaba dado en la pluralidad sindical. Era una prueba de fuego para el sindicalismo argentino. Y fue pasado con éxito. La pluralidad sindical, a pesar de la propaganda, no funcionó.

En el campo político el único que ha pregonado siempre la necesidad de la unidad sindical ha sido el peronismo, acompañado en los últimos años por sectores de la democracia cristiana. Esta es otra de las razones por la cual los trabajadores continúan siendo peronistas. Haber comprendido la diferencia entre lo efímero y lo permanente en materia de estrategia lo habilitó al sindicalismo argentino para mantener presencia en forma inalterable en la vida política del país. Además, a pesar de todo, el trabajador terminará apoyando a quien mantiene a través del tiempo fidelidad y solidaridad con su causa.

Mientras tanto, el gobierno conocía a quienes conspiraban, dónde se reunían y cómo pensaban actuar. Y dejó hacer. La documentación sobre los episodios del intento de golpe de estado del 9 de junio de 1956 es conocida por todos. No vamos a abundar en detalle sobre estos episodios. Sí recordar algunas pequeñas contradicciones del gobierno que presidía Aramburu, el cual había derogado la ley 14117, establecida por el gobierno peronista en 1951 como consecuencia del intento del general Menéndez, la cual llegaba a aplicar la pena de muerte a los que se alzaban en armas.

El gobierno militar, a través del decreto 8313 (30-12-55), derogó aquella ley del peronismo. En sus considerandos decía: *"se suprime la pena capital por causas políticas, sanción que nuestras tradicionales formas de vida han suprimido para siempre"*.

Cuando el golpe —ya fracasado de antemano— estaba por estallar, Aramburu inició un viaje a bordo del yate presidencial.

El intento fue rápida y duramente reducido. Apenas si el coronel Cogorno en La Plata, y el capitán Phillipheaux, alcanzaron un mediano éxito, rápidamente revertido. El gobierno impuso la pena de muerte a los sublevados, pena que le fue aplicada en algunos casos a civiles que nada tuvieron que ver en la asonada militar (los trágicos episodios de León Suárez en la fracasada intentona del 9 de junio surge que entre quienes deben llevarla a cabo figuraban mujeres de mal vivir y la posterior testificación de quienes lograron salvar su vida en aquella angustiada noche, así lo certifican).

La dramática carta del general Valle, uno de los jefes del abortado movimiento, será una de las tantas razones —posiblemente la de mayor peso— por la cual el pueblo rebautizó en su estilo a la "**Revolución Libertadora**", por el de "**Revolución Fusiladora**". Las heridas entre argentinos seguían profundizándose, y de ello no eran culpables los trabajadores.

Dice Valle en su carta: *"Dentro de pocas horas Ud. tendrá la satisfacción de haberme asesinado."*

Debo a mi patria la declaración fidedigna de los acontecimientos. Declaro que un grupo de marinos y militares movidos por Uds. mismos, son los únicos responsables de lo acaecido. Para liquidar opositores les pareció digno inducirnos al levantamiento y sacrificarlos luego fríamente. Nos faltó astucia o perversidad para adivinar la treta. Así se explica que nos esperaran en los cuarteles, apuntándonos con las ametralladoras y que avanzaran los tanques de Uds. en defensa de las guarniciones aun antes de estallar al movimiento y que capitaneasen tropas de represión algunos de los oficiales comprometidos...".

"La Razón", del 15 de setiembre de 1956, al referirse a los fusilamientos en los cuales quedó demostrado que murieran incluso muchos inocentes que estaban escuchando una pelea, dirá muy suelta de cuerpo: "El pueblo dio en esa ocasión una prueba terminante de su fervorosa adhesión a los ideales revolucionarios".

Hace falta que preguntemos: ¿Qué pueblo? o ¿Qué tipo de adhesión?

Pero "**La Prensa**" había llegado más lejos, muchísimo más que "**La Razón**", en sus conclusiones sobre el 9 de junio. Vale la pena reproducir sus impresiones para comprender hasta qué punto llegaba el odio y la mentira más infame. El 10 de junio tituló el diario: "Se produjo ayer una alteración del orden". El 11 con titular de festejo celebraba: "Ha quedado restablecido el orden en todo el país"; la nota que seguía al titular comentaba que "Penas de muerte para oficiales y suboficiales. Fueron ejecutados ayer en cumplimiento de dos decretos del gobierno". El 13 de junio continuó con el tema, "grandes manifestaciones populares de repudio". El fusilamiento de Valle, apenas si le llevó un renglón. Al comentar los pormenores del suceso, dice que entre los sublevados "figuran ex militares, dirigentes del SUPE, delincuentes avezados con muchos procesos por defraudaciones y estafas, conductores de colectivos, integrantes del gremio de la carne con actuación en Valentín Alsina, un ex corresponsal de un diario norteamericano, un ladrón de automóviles, etc.

Lo que pensaban hacer, según resulta de las investigaciones, era provocar el incendio de toda la zona norte del puerto de Buenos Aires, Puerto Nuevo, Dársena Sur y Dock Sud...

En la fracasada intentona del 9 de junio surge que entre quienes deben llevarla a cabo figuraban mujeres de mal vivir y delincuentes comunes. Si junto a ellos aparecen dirigentes gremiales y también trabajadores de distinto orden es, sin duda, porque aún falta mucho que hacer en cuanto a comprensión de las propias responsabilidades. No es posible que nadie pretenda conocerlas si se mezcla con los elementos antisociales, cuya actividad normal es el delito. Ir a su lado ha sido siempre un factor de derrotas para el hombre que tiene ocupaciones confesables, ya que, tarde o temprano, el que vive en el vicio domina al honrado que con él se mezcla y lo lleva a caer en las mallas del delito".

Para "La Prensa", el 9 de junio, en el cual fueron fusilados más de 20 militares y numerosos civiles, era una conspiración de ladrones de auto y prostitutas.

Tres días después "La Prensa" celebró alborozada el primer aniversario del bombardeo de Plaza de Mayo. "Hace un año el pueblo se estremeció de esperanzas por las perspectivas de una próxima liberación lograda tres meses después*!. Así vivió y sintió el antiperonismo el intento del 9 de junio. Todos los muertos pertenecieron al bando rebelde. Las fuerzas gubernamentales no habían sufrido baja alguna.

Los nuevos dirigentes sindicales, surgidos en los momentos más complejos y duros, tenían que enfrentar a quienes habían tomado por la "razón de las armas" los sindicatos; correr el riesgo de caer presos, cesantías masivas, la recuperación de conquistas, etc. Tuvieron conciencia de la necesidad de elaborar una estrategia propia, y la concibieron actuando en todos los frentes posibles, fuesen éstos gremiales o políticos. Comprendieron que el gobierno se estaba debatiendo en sus errores y contradicciones y debían hacer todo el esfuerzo posible para no dejarles espacio para actuar o intentar recomponerse.

Si el gobierno pretendía normalizar sindicatos, no valía quedarse afuera de la normalización. A pesar de las arbitrariedades con que se manejaba desde el área de trabajo de esta política, el sindicalismo frente a la misma, contaba con un arma decisiva a la hora de definir: el apoyo de los trabajadores.

Así se fueron recuperando muchos sindicatos con lucha, con inteligencia y sin humillación. Así se pactaron también acuerdos coyunturales con otros grupos sindicales que, a pesar de haber surgido al amparo de la protección oficial, se encontraban también ellos "estrangulados" ante las bases, por la política económica del gobierno y la "vía libre" del sector empresario, que había creído que llegaba la hora de la revancha. La Intersindical o el Movimiento Obrero Organizado, si bien fue producto de estrategias o coincidencias en el corto plazo, apareció como la fuerza suficiente capaz de jaquear aún más la política oficial y aumentar los problemas internos de un gobierno cada día más vacilante. Los amigos sindicales del gobierno comenzaban a rebelarse.

El mayor mérito de la nueva camada sindical fue la de no aceptar las reglas de juego tal como las planteaba su enemigo. Si se hubiesen aceptado esas reglas, se pasaba a depender. Lo que sí se hizo fue "meterse" dentro del aparato montado por el gobierno, y desde allí comenzaron a trabarlo más y más. Estaba claro para los dirigentes sindicales que el éxito no podía ser producto del estatismo o la casualidad, había que "hacer algo" y no era mucho lo que podía hacerse. La capacidad de represión del gobierno, era de las pocas cosas que seguían intactas, y dispuestas además a aplicarlas.

Eran tiempos en que conocer la diferencia entre "popular" e "importante" podía significar ganar o perder. "Popular" es el pueblo, "importante" es la organización del pueblo, cuando realmente se logra. "Popular" puede ser la emotividad de un momento. "Importante" es cuando se planifica, se convoca a quienes saben y pueden, dentro de sus mismos objetivos.

Debemos diferenciar entre aceptar las reglas que se imponen y "meterse" dentro de las reglas del juego, para actuar y tratar de ganar. En la primera se es obsecuente. En la segunda se es inteligente; ya no quedan otros caminos.

A veces equivocamos los términos. Creernos que un "hombre importante" es sinónimo de "hombre popular" o "conocido". No es así. Se puede ser IMPORTANTE, así con mayúsculas, sin que nadie o casi nadie a nivel de opinión pública lo conozca (un ejemplo: quienes manejan empresas multinacionales o aun nacionales de gran volumen). Y se puede ser conocido por todos (un deportista, un artista), lo cual no le sirve de nada para las decisiones que importan.

La historia está plagada de figuras que gravitaron "detrás del trono", algunas trascendieron. Otras ni eso.

La Revolución del 55 tuvo su "élite pensante". Las que se movían y opinaban sobre las grandes decisiones. Esa "élite pensante" tenía como uno de sus temas básicos el de eliminar totalmente la ley de Asociaciones Profesionales. Sabían los por qué y para qué de esa eliminación. En los aspectos legales era como borrar de un plumazo a todo un sector social. Se decreta su desaparición... y listo. Quienes pretendían liquidar la ley no se tomaban la molestia de decir qué cosas estaban mal en la ley vigente. Y no lo hacían porque la ley en sí misma estaba mal. El asunto no era modificar la ley, sino cumplirla. La Ley de Asociaciones Profesionales vigente (12.921) garantizaba la asociación profesional libremente, y previos los requisitos de inscripción también se podía actuar libremente. La ley garantizaba la conducción de la Asociación a sus propios trabajadores elegidos libremente, y los empleadores estaban obligados a reservar el empleo a los directivos sindicales que ocuparan cargos. Facultaba también a que los sindicatos pudiesen desarrollar una importante actividad socio-económica a través de sus propias cooperativas, creación de escuelas, instituto de investigación, etc.; participando al mismo tiempo en los organismos estatales de ordenación del trabajo. Otro de los puntos de la ley cuestionada, era su Art. 51, el cual decía tácitamente: **"todo empleador que incurriera en prácticas desleales contrarias a la ética de las relaciones del trabajo será pasible de una multa de 300 pesos que**

podía elevarse hasta el importe equivalente a 15 días de los sueldos y salarios que abone el inculcado al personal del establecimiento en que se hubiere incurrido en prácticas desleales"; para los reincidentes hasta se podía llegar a cerrar el establecimiento. El Ministerio de Trabajo y el despacho del vicepresidente I. Rojas se habían convertido en "fervorosos defensores de la derogación de la ley", sin condiciones.

El 1° de Mayo hablan al país Aramburu, Laplacette y Migone y los partidos políticos. Lo irónico: en el día del trabajador puede hablar libremente todo el mundo... menos los trabajadores. Aramburu dirige su mensaje desde Concepción del Uruguay y afirma "que en 150 días estarán normalizados todos los sindicatos". Poco después, el 6 de Julio, en el acto de las FF.AA. Aramburu sostiene: "Por decreto existen trabajadores inhabilitados en el orden sindical. Finalizadas las investigaciones el gobierno considera que ha llegado el momento de rever tal disposición con aquellos que no han delinquido". El 8 de agosto, por decreto, se rehabilitan 92.000 trabajadores.

En esos primeros meses del 56 el peronismo político ya estaba dividido. Por un lado, Bramuglia que había creado su "Unión Popular". El otro sector se mantenía encolumnado detrás de las "famosas órdenes" que llegaban desde el exterior* y que tanto enfurecía al gobierno. Cooke y Leloir, eran sus figuras más representativas en esos momentos y mantenían una actitud de absoluta intransigencia con el gobierno.

El gobierno, por su parte, había inaugurado un slogan que a muchos le sonaba como una línea de colectivos. Hablamos de la "Línea Mayo-Caseros". A quienes se les ocurrió la brillante idea del slogan, conocían muy poco de política o historia argentina. Los lazos que teóricamente podían anudar su recorrido, por momentos más que detenerse se contraponen. Mayo apareció como un auténtico sentimiento de liberación. Caseros, por su parte, contó con el abierto apoyo de las tropas y gobierno brasileño.

En esos días, Scalabrini Ortiz escribía un artículo en la revista "De frente" (enero de 1956), titulado "¿Estaremos soñando?", el que por su valor y la actualidad de su contenido, consideramos de importancia reproducir.

"Hace exactamente veinte años, el 9 de octubre de 1935, publiqué en la revista «Señales» el artículo que va a leerse a continuación. El lector se asombrará, como yo mismo, de la notable actualidad de sus conceptos. La situación política argentina era la siguiente: un gobierno popular y patriótico, que había enfrentado las pretensiones simultáneas de las empresas británicas y norteamericanas, el de Hipólito Yrigoyen, fue violentamente desalojado del poder por un grupito despreciable de audaces. Para volver a la normalidad, se proscribió a la UCR, que era entonces el partido mayoritario.

Mediante Un fraude escandaloso, con el apoyo numéricamente insignificante de conservadores y radicales unionistas, el general Justo, candidato de Gran Bretaña, desplazó al doctor Lisandro de la Torre, candidato del pueblo, en ausencia de los radicales. El gobierno del general Justo, cuyos más conspicuos colaboradores ocupan de nuevo posiciones destacadas, fue leal a las tenebrosas fuerzas que le dieron origen, y se caracterizó por su constante patrocinio a los intereses y conveniencias locales de la Gran Bretaña.

"En septiembre de 1935, el ministro de Guerra, general Manuel Rodríguez, afirmó en la Cámara de Diputados que el ejército era prescindente en materia política. En contestación a ese discurso, yo escribí el artículo que se transcribe. Queda librado a la discreción e ingenio del lector el establecimiento de paralelos y concomitancias. Decía en octubre de 1935: "El ejército está al margen de la política, dijo en la Cámara de Diputados el actual ministro de Guerra, exhibiendo así carencia de comprensión de la realidad argentina y escasez de esa pasta con que se hacen los gobernantes de pueblos. El ministro no veía la función política que por simple inercia desempeña el ejército, a pesar de formar parte de un gobierno que está amparado justamente en esa inercia. Porque si no contara con el auspicio del ejército, ¿con quién contaría este gobierno, que nació al margen de las leyes, frustrando la verdadera expresión electoral del país? Si no contara con el

ejército, ¿con quién contaría este gobierno, cuyos ministros van a las cámaras a defender con ardoroso tesón los intereses de Inglaterra y no los de la Argentina? Si no contara con el ejército, ¿con quién contaría este gobierno, que está llevando al país a un desconocido grado de miseria, sólo comparable con la miseria en que se arrastran algunos pueblos asiáticos, como la India? Si no contara con el ejército, ¿con quién contaría este gobierno negado por todos los hombres argentinos que tienen conciencia de hombres libres y no se avienen a caer en servidumbre de una nación extranjera como Inglaterra, sin haber sido derrotados, siquiera, en el campo de batalla?

"Pero el ejército se compone también de argentinos. Todavía son argentinos sus soldados, sus suboficiales, sus oficiales y sus jefes. Ellos experimentan las mismas emociones que nosotros los civiles. Ellos comparten nuestras indignaciones desde su obligado mutismo. Y ése es el mayor defecto que los gobiernos huérfanos de opinión hallan a las instituciones armadas: el de estar integradas por hombres argentinos, sensibles a los movimientos de la opinión nacional. Ellos quisieran que el ejército fuese una fuerza ciega, inerte, sin pensamiento y sin sensibilidad, un simple brazo ejecutor, un instrumento de opresión, dócil a la voluntad del que lo blande a su favor."

"Alejar al ejército de la opinión nacional es un medio de contribuir a su mecanización intelectual. Así podría alcanzarse cierto automatismo muy semejante al de los ejércitos de ocupación que las naciones europeas destacan en sus colonias. El alejamiento del ejército del pueblo es el ideal de los políticos que no están apoyados por el pueblo, sino por los intereses extranjeros."

"«Los partidos políticos no deben dirigirse directamente a los oficiales del ejército», dijo en la Cámara de Diputados este ministro de Guerra. «Los oficiales deben informarse de la actualidad exclusivamente en los diarios», agregó el ministro, ignorando, posiblemente, que el periodismo es el arma más sutil y pérfida de la política que conviene a los intereses extranjeros, que apenas puede ser contrarrestada por la información de volantes y panfletos y periódicos tan pobres como éste. Motivo de desconfianza debe ser para los miembros de las instituciones armadas esa información tan restringida por la que se pretende encauzar su educación. Y algo de burla encierra la desconfianza en sus cualidades volitivas, en su capacidad de discriminación y la certeza de su juicio.

"Los que creemos que la razón está en absoluto de nuestra parte, los que desde diferentes puntos de vista y desde distintos partidos aspiramos a crear el bienestar que merece el pueblo argentino y a cultivar un verdadero cuerpo nacional, querríamos que el jefe, el oficial, el suboficial y el soldado estén instruidos de nuestras necesidades, conozcan todos los programas y plataformas y los antecedentes personales de cada político y sepan de las angustias, de las decrepitudes y de las esperanzas del pueblo argentino. Aspiramos a que los miembros de las instituciones armadas sean los más y mejor instruidos de todos los argentinos: duchos en economía y en descubrir las trampas con que los financistas modernos encadenan a los pueblos sin derrotarlos en los campos de batalla, y perspicaces para conocer a los gobernantes y dirigentes que maniobran con la venalidad y esgrimen la corrupción como un arma a favor del extranjero. Porque ¿qué sería de nosotros, por ejemplo, el día que subrepticamente un virrey inglés suplantara a un presidente argentino? ¿Seguiría el ejército obediente a su disciplina mecánica, manteniéndolo en el poder para desgracia de toda la Nación Argentina? ¿O si un presidente argentino, por misteriosas razones, diera en defender los intereses de Inglaterra y no los de los argentinos?" (O le diera por vender YPF a los Estados Unidos.).

"Han pasado exactamente veinte años desde que escribí estas líneas que también hoy interpretan fielmente mis sentimientos y mis pensamientos y me asombro casi tanto de mi indeformable constancia como de la increíble similitud de los acontecimientos argentinos. Otra vez Prebisch, Taylor, Corominas Segura, Dell Oro Maini, Vicchi, Reinaldo Pastor, Noble, Fassi, Adolfo Mujica, Luciano Molinas, Sabattini, Walter Perkins...

Otra vez el Banco Central y sus maniobras para ahogar el comercio con Alemania, con Estados Unidos, con Rusia, con Japón, con Italia... Otra vez Bunge y Born reinando soberano en el

ejército, ¿con quién contaría este gobierno, cuyos ministros van a las cámaras a defender con ardoroso tesón los intereses de Inglaterra y no los de la Argentina? Si no contara con el ejército, ¿con quién contaría este gobierno, que está llevando al país a un desconocido grado de miseria, sólo comparable con la miseria en que se arrastran algunos pueblos asiáticos, como la India? Si no contara con el ejército, ¿con quién contaría este gobierno negado por todos los hombres argentinos que tienen conciencia de hombres libres y no se avienen a caer en servidumbre de una nación extranjera como Inglaterra, sin haber sido derrotados, siquiera, en el campo de batalla?

"Pero el ejército se compone también de argentinos. Todavía son argentinos sus soldados, sus suboficiales, sus oficiales y sus jefes. Ellos experimentan las mismas emociones que nosotros los civiles. Ellos comparten nuestras indignaciones desde su obligado mutismo. Y ése es el mayor defecto que los gobiernos huérfanos de opinión hallan a las instituciones armadas: el de estar integradas por hombres argentinos, sensibles a los movimientos de la opinión nacional. Ellos quisieran que el ejército fuese una fuerza ciega, inerte, sin pensamiento y sin sensibilidad, un simple brazo ejecutor, un instrumento de opresión, dócil a la voluntad del que lo blande a su favor."

"Alejar al ejército de la opinión nacional es un medio de contribuir a su mecanización intelectual. Así podría alcanzarse cierto automatismo muy semejante al de los ejércitos de ocupación que las naciones europeas destacan en sus colonias. El alejamiento del ejército del pueblo es el ideal de los políticos que no están apoyados por el pueblo, sino por los intereses extranjeros."

"«Los partidos políticos no deben dirigirse directamente a los oficiales del ejército», dijo en la Cámara de Diputados este ministro de Guerra. «Los oficiales deben informarse de la actualidad exclusivamente en los diarios», agregó el ministro, ignorando, posiblemente, que el periodismo es el arma más sutil y pérfida de la política que conviene a los intereses extranjeros, que apenas puede ser contrarrestada por la información de volantes y panfletos y periódicos tan pobres como éste. Motivo de desconfianza debe ser para los miembros de las instituciones armadas esa información tan restringida por la que se pretende encauzar su educación. Y algo de burla encierra la desconfianza en sus cualidades volitivas, en su capacidad de discriminación y la certeza de su juicio.

"Los que creemos que la razón está en absoluto de nuestra parte, los que desde diferentes puntos de vista y desde distintos partidos aspiramos a crear el bienestar que merece el pueblo argentino y a cultivar un verdadero cuerpo nacional, querríamos que el jefe, el oficial, el suboficial y el soldado estén instruidos de nuestras necesidades, conozcan todos los programas y plataformas y los antecedentes personales de cada político y sepan de las angustias, de las decrepitudes y de las esperanzas del pueblo argentino. Aspiramos a que los miembros de las instituciones armadas sean los más y mejor instruidos de todos los argentinos: duchos en economía y en descubrir las trampas con que los financistas modernos encadenan a los pueblos sin derrotarlos en los campos de batalla, y perspicaces para conocer a los gobernantes y dirigentes que maniobran con la venalidad y esgrimen la corrupción como un arma a favor del extranjero. Porque ¿qué sería de nosotros, por ejemplo, el día que subrepticamente un virrey inglés suplantara a un presidente argentino? ¿Seguiría el ejército obediente a su disciplina mecánica, manteniéndolo en el poder para desgracia de toda la Nación Argentina? ¿O si un presidente argentino, por misteriosas razones, diera en defender los intereses de Inglaterra y no los de los argentinos?" (O le diera por vender YPF a los Estados Unidos.).

"Han pasado exactamente veinte años desde que escribí estas líneas que también hoy interpretan fielmente mis sentimientos y mis pensamientos y me asombro casi tanto de mi indeformable constancia como de la increíble similitud de los acontecimientos argentinos. Otra vez Prebisch, Taylor, Corominas Segura, Dell Oro Maini, Vicchi, Reinaldo Pastor, Noble, Fassi, Adolfo Mujica, Luciano Molinas, Sabattini, Walter Perkins...

Otra vea el Banco Central y sus maniobras para ahogar el comercio con Alemania, con Estados Unidos, con Rusia, con Japón, con Italia... Otra vez Bunge y Born reinando soberano en el

comercio de exportación.. . Otra vez la moneda argentina desvalorizada con pretextos agropecuarios...

"Otra vez "La Nación" adoctrinando contra las administraciones nacionales de los ferrocarriles... Otra vez la CADE y las amenazas subterráneas a YPF... Otra vez los empréstitos extranjeros presentados como única solución... Otra vez los ingleses infiltrándose sigilosamente por todos los resquicios de la economía, como agua de inundación... Otra vez el partido mayoritario disuelto y proscrito por un ucase... Otra vez los cañones y las bayonetas apuntando al revés... Otra vez el ministro de Guerra afirmando que el ejército no debe intervenir en los asuntos que conciernen exclusivamente a la política general del país... Una vez más... Pero, ¿para qué voy a continuar sacando a colación coincidencias, si prometí eludir todo comentario sobre los paralelos y concomitancias que pudieran establecerse, a la vista de los hechos actuales, en una cercana retrospectiva de veinte años?

"Suele decirse que las personas pasamos, mientras que los hechos permanecen; pero éstos se repiten a veces a tan corto plazo, que hasta las personas parece que nos repitiéramos... atraídos por la historia".

Esta nota de Scalabrini, como vemos, no tiene desperdicios. Y, además, continúa vigente.

La organización sindical a nivel de fábrica se consolida. Dos grandes lemas movilizan a los trabajadores: recuperar los sindicatos y mantener la unidad por sobre todas las cosas.

El Plan Prebisch no sólo encuentra resistencia en los sectores sindicales. El 44° Congreso de la Federación Agraria Argentina, crítica duramente a Prebisch, negando que el campo estuviese en crisis cuando cayó el peronismo.

La invasión a Egipto genera en los sectores populares un fuerte sentimiento nacionalista. No serán pocos los militantes sindicales que comiencen a asociar a partir del brutal ataque que las grandes potencias efectúan contra Egipto, las figuras de Nasser y Perón. Una nueva ola de nacionalismo sacude nuevamente a los países subdesarrollados.

La conferencia afroasiática de Bandung aparece así en el firmamento como una decisión irrenunciable de las soberanías nacionales; por sobre toda otra cuestión. Allí nacen los "No Alineados".

El peronismo, a escala internacional, comienza a tener una nueva interpretación. Se inicia un lento pero continuo camino de desmitificación sobre su nazismo.

El fracaso del 9 de junio quedó atrás. Su influencia sobre el accionar futuro del Movimiento Obrero será poco menos que nula, si el gobierno creyó con ello "escarmentar y atemorizar" a quienes pretendiesen oponérseles.